



¿Injerencia extranjera o internacionalización del soberanismo?

26 MAR 2026 · PUBLICACIÓN

Con las elecciones parlamentarias húngaras acercándose, el ambiente político se vuelve cada vez más intenso. El espíritu de campaña está en plena efervescencia, la retórica política se agudiza y las acusaciones vuelan en todas direcciones. Entre los temas más recurrentes del debate se encuentra la cuestión de la injerencia extranjera. Los partidarios del gobierno advierten de que actores externos —desde Bruselas hasta Kiev— están tratando de influir en el futuro político de Hungría, mientras que los críticos de Viktor Orbán sostienen que redes conservadoras internacionales se están movilizand para apoyar al gobierno húngaro.

Tales acusaciones cruzadas apenas sorprenden en un entorno político tan polarizado como la Europa actual. Sin embargo, también plantean una cuestión más profunda sobre la naturaleza de la política en el siglo XXI: en un mundo definido por la comunicación global y las redes ideológicas transnacionales, ¿pueden realmente las elecciones de cualquier país permanecer aisladas de las corrientes políticas internacionales?

Los acontecimientos recientes ilustran la complejidad de la cuestión. Por un lado, han surgido informaciones que destacan cómo figuras del establishment político de la Unión Europea han comentado abiertamente las próximas elecciones húngaras, y algunas han expresado incluso su deseo de un cambio político en Budapest. Declaraciones de este tipo —procedentes de actores integrados en las instituciones de la UE y de la propia Unión— plantean inevitablemente interrogantes sobre hasta qué punto las estructuras políticas europeas podrían estar intentando moldear el debate interno de Hungría. Vienen a la mente experiencias recientes similares, por ejemplo, en las últimas elecciones rumanas.

Por otro lado, en apenas los últimos días, Hungría ha acogido múltiples eventos que reflejan la creciente dimensión internacional de la política conservadora contemporánea. Por mencionar sólo algunos, el pasado fin de semana el CPAC Hungría 2026 reunió a políticos conservadores, intelectuales, periodistas y activistas de toda Europa, Estados Unidos y más allá —entre ellos el presidente argentino Javier Milei. Fui uno de los muchos asistentes que pudieron comprobar la existencia de una red conservadora internacional cada vez más amplia y más sólida. Apenas unos días después, la Cumbre de Patriots for Europe se celebró en Budapest, congregando a líderes de varios partidos soberanistas de toda la UE con el objetivo de reforzar su cooperación en el panorama político europeo y mostrar su apoyo a Orbán de cara a las próximas elecciones.

Para los críticos del gobierno de Orbán, reuniones de esta naturaleza son presentadas con frecuencia como prueba de una influencia extranjera sobre la vida política húngara. La presencia de aliados internacionales, la circulación de ideas políticas a través de redes globales o el respaldo de plataformas mediáticas extranjeras son interpretados como intentos de influir en el votante húngaro.

Sin embargo, esta interpretación parte de una premisa discutible: que la política nacional puede permanecer aislada de las corrientes ideológicas internacionales en una era definida por la comunicación digital, los medios globales y las redes políticas transnacionales. En realidad, la circulación transfronteriza de ideas, personas y partidos se ha convertido en una característica inevitable de la vida política contemporánea.

Durante décadas, el campo liberal y progresista operó precisamente a través de este tipo de estructuras internacionales. ONGs, fundaciones filantrópicas, redes académicas, organizaciones de incidencia y plataformas mediáticas crearon un denso ecosistema transnacional a través del cual ideas, narrativas y estrategias políticas viajaban de un país a otro. Desde la política migratoria hasta la gobernanza climática y el activismo en materia de derechos humanos, estas redes moldearon debates en toda Europa y en el conjunto del mundo occidental. Rara vez estas actividades eran descritas como “injerencia extranjera”. Generalmente se entendían como expresiones legítimas de cooperación internacional dentro de un espacio político y cultural compartido.

Lo que estamos presenciando hoy podría ser simplemente la versión conservadora del mismo fenómeno. Durante la última década, los movimientos conservadores y soberanistas han construido gradualmente su propio ecosistema transnacional. Conferencias como CPAC, redes de think tanks, plataformas de medios digitales y alianzas políticas conectan cada vez más a actores de ambos lados del Atlántico. Preocupaciones compartidas en torno a la migración, la soberanía nacional, la rendición de cuentas democrática y la identidad cultural han favorecido un creciente intercambio de ideas entre movimientos conservadores que anteriormente operaban principalmente dentro de marcos nacionales.

“Si el conservadurismo internacional es el terremoto de la política del siglo XXI, Budapest es sin duda su epicentro.”

Hungría ha desempeñado un papel central en este proceso. Bajo Viktor Orbán, el país se ha convertido en uno de los principales polos intelectuales y políticos del emergente mundo soberanista. Si el conservadurismo internacional es el terremoto de la política del siglo XXI, Budapest es sin duda su epicentro.

Hace casi un año, en un informe publicado por el Danube Institute titulado *Towards a Brave New World: Are Conservatives the New Globalists?*, exploré la paradoja emergente de este desarrollo. Los conservadores, aunque firmemente arraigados en tradiciones patrióticas y en la defensa de la soberanía nacional, están cada vez más conectados a través de redes globales de conferencias, debates políticos e intercambio intelectual. A través de prioridades políticas compartidas, deferencia hacia la soberanía nacional y la convivencia en foros y conferencias internacionales, estos actores han comenzado a construir lo que podría describirse como una alternativa soberanista al orden internacional liberal.

Dentro de este ecosistema emergente, figuras como Donald Trump y Viktor Orbán se han convertido en puntos de referencia simbólicos para un movimiento político más amplio que trasciende las fronteras de cualquier nación concreta. Su prominencia refleja no sólo su papel político interno, sino también su influencia dentro de una red más amplia de actores conservadores que buscan articular una visión alternativa para Occidente.

Este desarrollo plantea inevitablemente una pregunta incómoda pero importante: ¿se están convirtiendo los conservadores en una nueva forma de globalistas?

La respuesta no es sencilla. La red internacional conservadora emergente difiere fundamentalmente del internacionalismo liberal que dominó la política occidental tras la Guerra Fría. Su principio central no es la imposición de normas universales mediante instituciones supranacionales, sino la defensa de la soberanía nacional y el derecho de cada nación a seguir su propio camino político conforme a su historia, cultura y decisiones democráticas.

No obstante, la existencia de una red global de actores soberanistas produce inevitablemente nuevas formas de cooperación internacional. Conferencias como CPAC Hungría, alianzas como Patriots for Europe y la creciente colaboración entre think tanks y plataformas mediáticas demuestran que la política conservadora ya no está confinada a espacios puramente nacionales. Por el contrario, opera cada vez más dentro de una conversación civilizacional compartida que abarca el mundo atlántico.

Lo que está emergiendo, por tanto, podría describirse mejor como una forma de internacionalismo nacional: un fenómeno paradójico pero cada vez más visible en el que movimientos patrióticos cooperan internacionalmente mientras insisten en que cada nación conserva el derecho a seguir su propio modelo político.

Esta distinción importa. La trayectoria política de Hungría bajo Viktor Orbán está arraigada en las circunstancias históricas y culturales específicas de la nación húngara. Lo mismo ocurre con los movimientos conservadores en Italia, Polonia, Estados Unidos y Francia. Aunque estos movimientos comparten ciertas preocupaciones y prioridades políticas, siguen insertos en contextos nacionales distintos moldeados por tradiciones políticas y realidades sociales diferentes.

Al mismo tiempo, la creciente visibilidad internacional de los actores conservadores genera inevitablemente críticas de quienes perciben esta red emergente como un desafío al orden liberal establecido. Desde esta perspectiva, reuniones como CPAC Hungría o la Cumbre de Patriots for Europe no son interpretadas como foros de intercambio intelectual o coordinación política, sino como mecanismos de manipulación electoral.

Sin embargo, tales preocupaciones pueden pasar por alto la transformación estructural más amplia que está teniendo lugar en la política global. Las mismas dinámicas tecnológicas e informativas que facilitaron en su día la expansión del internacionalismo liberal están permitiendo ahora la aparición de una contra-red soberanista.

La verdadera cuestión, por tanto, no es si existe influencia internacional. Claramente existe, y existe desde hace décadas en todo el espectro político. La cuestión más relevante concierne al carácter de las redes internacionales que están tomando forma en la actualidad.

“Las naciones —no las estructuras globales— deben seguir siendo los actores primarios de la vida política.”

Si la era liberal produjo un globalismo construido en torno a instituciones, tratados y gobernanza supranacional, el ecosistema conservador emergente podría estar construyendo algo diferente: una constelación más flexible de redes, conferencias e instintos políticos compartidos que opera sin borrar la soberanía nacional.

Que este experimento tenga éxito dependerá, en última instancia, de si los conservadores son capaces de mantener el delicado equilibrio entre cooperación internacional y lealtad patriótica. Si ese equilibrio se preserva, la red emergente puede representar no un nuevo globalismo, sino una nueva forma de diálogo civilizacional entre naciones soberanas. Si no se preserva, los conservadores podrían descubrir con el tiempo que han construido una imagen especular del sistema global que en su día criticaron.

El desafío para el nuevo movimiento soberanista no consiste, por tanto, en negar la existencia de la cooperación internacional, sino en garantizar que dicha cooperación permanezca firmemente anclada en el principio de que las naciones —y no las estructuras globales— deben seguir siendo los actores primarios de la vida política.